



EN EL DÍA DE MAÑANA

A lo largo de mi vida han llegado historias extrañas a mis oídos, pero pocas como la que voy a contar. Además, proviene de una fuente muy fiable que no puedo desvelar: me limitaré a narrar los hechos, que son los siguientes.

La cordillera del Himalaya se ha hecho famosa por albergar a las montañas más altas de la tierra, destacando por encima de todas el monte Everest con sus 8.849 metros de altura, más alto no se puede subir. No es la montaña más temida, puesto que ésta es el K2, la cual a día de hoy en invierno solo ha sido ascendida una vez. Además de estas dos míticas cimas, existen otras cuantas que pasan de los 8.000 metros y otras tantas que están cerca. En definitiva, el Himalaya se ha convertido en el destino preferido de los escaladores, no solo de élite sino también de mucha otra gente que a través de agencias realizan turismo activo, cada uno buscando un reto personal en concreto. Estos retos, por cierto, no son nada económicos, puesto que las licencias para escalar por la zona son bastante caras.

Dejando de lado el tema puramente deportivo, el cual es conocido por todos, existe otro tipo de motivación que lleva a la gente a recorrer el Himalaya. Dicha aventura se ha cobrado muchísimas vidas de personas anónimas que no trascienden al público: esta empresa es tan peligrosa por motivos tales como que se realiza en solitario y sin apoyo. La gente que lleva a cabo este peregrinaje se halla claramente influenciada por el budismo, que es la creencia espiritual que reina en la zona, pero hay un reducido número de personas que van más allá y se embar-

can en la búsqueda de Barenjee, cosa que no es nada fácil porque no tiene una ubicación fija.

Vive por y para la meditación, a pesar de vagar casi siempre en solitario no rechaza a nadie. Se dice de él que puede estar días enteros en ayuno sin ingerir ni siquiera agua, también se comenta que puede estar meses caminando sin parar. En los duros inviernos, cuando la temperatura no baja de los cuarenta grados bajo cero, apenas lleva un manto de seda para protegerse del frío y siempre camina descalzo. Los pocos que le han visto aseguran con fervor que se encuentra en un nivel de conciencia superior, afirman que otorga paz a todo aquel que está en presencia suya. No hace falta saber su lengua para comunicarse con él: no habla ninguna en particular, pero las entiende todas. Aparece y desaparece como por arte de magia, permanece inmóvil como la roca en estado de meditación profunda durante semanas. Su mente se halla libre de perturbaciones, orienta sus pensamientos hacia todos y cada uno de los rincones del universo, posee un control absoluto sobre cuanto le rodea, aporta soluciones pausadas y certeras si se le consulta. No acepta dádivas, los bienes materiales le son totalmente prescindibles.

Se le atribuyen infinidad de virtudes, ningún defecto, pero sin duda uno de sus bienes más deseados es el de conocer las re-

encarnaciones que tendrán las personas en el futuro. Ayuda a visualizarlas a quien se lo pida siempre y cuando vea en su interior bondad y ausencia de maldad.

Nuestro protagonista, guiado por este anhelo de conocimiento, consiguió llegar hasta Barenjee después de años de búsqueda por Nepal, Ladakh y Bután. Barenjee le dejó meditar junto a él en completo silencio durante meses hasta que consideró que estaba preparado para la revelación, entonces le hizo sabedor de sus dos siguientes reencarnaciones: la primera le llevaría hasta Australia pasados 20 años, allí se reencarnaría en un niño autista que permanecería atormentado durante toda su vida, concretamente 52 años. Pasados éstos se reencarnaría en un poderoso empresario israelí. Barenjee le citó dentro de 122 años en algún lugar de la cordillera del Himalaya que habría de descubrir por su cuenta para conocer el siguiente ciclo de reencarnaciones.

Todas estas revelaciones han sido encontradas junto al cuerpo sin vida de un ciudadano japonés de gran prestigio y honradez, en cuyas manos figuraba la fecha de su fallecimiento y en las plantas de los pies la de su renacimiento. La primera quedó constatada por su médico, el cual llevaba semanas cuidándole, y la segunda coincide con el nacimiento de un joven autista en Sídney.

HISTORIAS INCREÍBLES es una sección literaria: los textos publicados en ella son pura ficción, y por lo tanto cualquier posible parecido con la realidad es mera coincidencia.



¿Cuándo empezaba la Navidad?

A lo mejor en noviembre, o siempre, porque en verano ya mi hermano y yo jugábamos a imaginar cómo sería la siguiente Navidad. A día de hoy nuestros recuerdos se agolpan como un barullo en el que resulta casi imposible saber a qué año corresponde una Navidad concreta. A veces recordamos un año, quizá una anécdota, y la mezclamos con otra, y nuestros razonamientos, todos demostrables en nuestra memoria, se llenan de razón y de ausencia de pruebas. La realidad es que nunca la Navidad era igual, o sí, pero era la que nos gustaba.

Los años pasan y siempre pensamos en la Navidad... ¿Pero en cuál? Siempre en aquella que perdimos, porque aunque pensemos que en las otras casas se lo pasan mejor que en la nuestra, eso en realidad no es así. Los planes de Navidad los trazábamos desde octubre, o puede que desde agosto, o puede que desde febrero, pero siempre existían. Las tradiciones eran valoradas, y las rutinas, o aquel disco de Julio Madrid, o aquellos coros de niños.

¿Cómo era la vida de todos fuera de la Navidad? También recuerdo que nos

encantaba imaginarnos en una ciudad en la que fuese Navidad siempre, pero no el día de Nochebuena, sino el periodo entero de Navidad. ¿Qué día se marcaba como principio de la Navidad? El de la lotería. Ese principio era el que comenzaba la cuenta atrás. Ese día venían nuestros primos de Málaga, ese día montábamos el belén, ese día sabíamos que nuestros padres no eran millonarios porque no les había tocado la lotería y ese día soñábamos con todo lo que íbamos a hacer. La Plaza Mayor, el Wendy, la hamburguesa con queso y el recitarnos casi de memoria nuestras cartas de Reyes.

Pasan los años y uno se pasa buscando las Navidades, las de aquel año, ¿pero las de cuál? No importa, son las de aquel año, las de los nervios, las de la gomina que te ponía tu tío y que le causó la alopecia, porque era pegamento más que gomina. La colonia del abuelo o de papá, la de las noches hasta las tantas contando cosas del colegio o contando lo que se va a hacer a la mañana siguiente o saboreando lo ingratos que pueden ser los celos cuando tu prima te comentaba algo de un chico de su clase.



También la del turrón y los polvorones de la cesta de papá, ¿por qué ya no saben igual? Recuerdo gastar un dineral en busca de turrones excelentes, pero jamás encuentro el sabor del ayer. Los villancicos adornados con esa magia que aportaba el tocadiscos, o mi tío con la botella de anís mientras entonaba villancicos, o mi primo tirarse al suelo por cualquier insensatez del aguinaldo, o mi hermano casi gritando que estaba Papá Noel en un tejado.

¿Y las panderetas? ¿Y las zambombas? Ya no suenan, pero... ¿han desaparecido? Tampoco en la Plaza Mayor hay ya demasiados puestos con figuras del belén. También las pelucas han desaparecido. Cada año busco la Navidad, la de antes, pero no la encuentro. ¿Y los Reyes Magos? Eso sí que era el colofón más dulce de todos. Esos nervios que nos invadían para explotar el día 6 de enero a primera hora. Levantarse demasiado pronto era algo condenatorio porque todo terminaba rápido, aunque luego continuábamos, pero la tarde, tras los regalos en casa de la abuela—aunque celebrábamos con roscón el día—siempre existía un poso de amargura porque ya había terminado todo. El tiempo en un niño siempre es diferente ¿Qué suponía esperar 365 días a que la magia volviese a suceder? Nada era similar, ni siquiera los cumpleaños. Toda esa magia se ha instalado, aunque la misma, en ocasiones, se camufla. Es casi la prenavidad lo que más se celebra. La Nochebuena dura poco y el fin de año cada vez se vuelve menos familiar. Los Reyes no, siempre se mantienen intactos, aunque la nostalgia se instale sin piedad.

La Navidad es una estación más, no es solo un estado. Guste o no, está y afecta, a unos para bien y a otros para mal, pero siempre está. Busco aquella Navidad, la del 84, o 91 o 92, pero no están, aunque la Navidad llega desde noviembre, y la espero, pero aquí en la ecuación el que falla soy yo, como siempre.

La vis cómica

